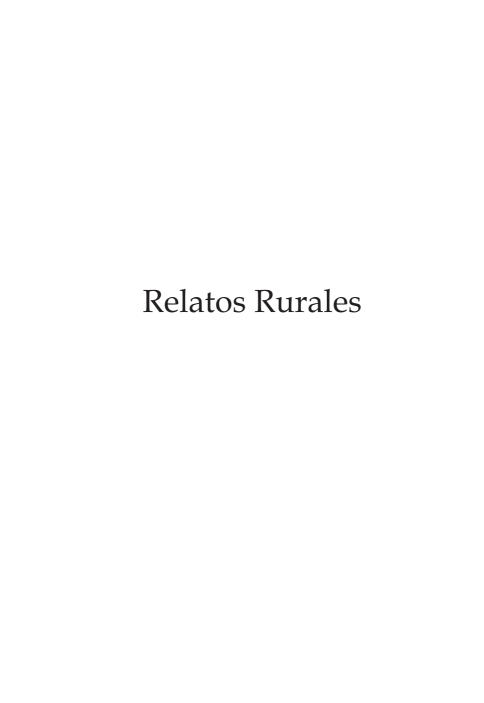
Relatos Rurales





Créditos

Investigación y recopilación en terreno:Pía Argagnon Ocampo

Textos:

Pía Argagnon Ocampo Carlos Miranda Rozas

Fotografías: Fernanda Silva Aracena

Ilustraciones: Máximo Aracena Aracena

Diseño y diagramación: Carlos Inostroza Arancibia

Coordinación: Karen Cuevas Fernández

Fotografías de archivo: Archivos personales de vecinos y vecinas Archivo Colectivo Artístico Temblar

ISBN: 978-956-6279-00-6

Presentación

Relatos Rurales es una iniciativa del Centro Cultural Estación en conjunto con el equipo del sitio web elpimiento.org, la cual fue financiada a través del 7% FNDR 2022 del Gobierno Regional de Valparaíso, en su línea de cultura.

Este libro se hizo a partir de entrevistas a distintos habitantes de las zonas rurales de Llay-Llay, quienes relataron parte de sus vivencias y su particular conexión con el entorno que los vio crecer. Ese mundo que, si bien tiene su propia dinámica y problemáticas, no estuvo ajeno al devenir político y a las transformaciones sociales del siglo XX.

A los pies de la cordillera de la costa y del cordón montañoso El Melón, a orillas del río Aconcagua, y con la cordillera de Los Andes como telón de fondo, transitan los 11 relatos que conforman este libro, como pequeños fragmentos de un universo de historias ligadas a la ruralidad local. Sus memorias nos invitan a dar una mirada al pasado y al presente de un mundo en permanente cambio. Es en este contexto donde cobra sentido el presente proyecto, pues entendemos que en la oralidad y profundidad de los testimonios compartidos, hay un patrimonio que debemos poner en valor y hacer circular.

Agradecemos la generosidad de todas y todos quienes abrieron sus puertas para entregar sus relatos, que junto a su entusiasmo hicieron posible esta publicación. Asimismo, a todos las y los colaboradores del proyecto, por ayudarnos a seguir rescatando las memorias locales.

Juegos de niñez

Escrito por Carlos Miranda Rozas

La señora María Eugenia es nacida y criada en el sector de Las Peñas, al igual que su madre y su abuela materna, siendo por tanto, la continuadora de un linaje más que centenario en el sector, aunque su padre fue un forastero que llegó desde Ocoa en los años 50, para radicarse de forma definitiva en Las Peñas.

La casa de su infancia se ubicaba en el camino principal cerca del colegio de la localidad y como todas las casas circundantes era propiedad de los dueños del fundo, que en ese entonces era don Fabio Valdés. En ella encontraban su hogar una gran cantidad de personas del linaje materno: abuelos, tíos, tías, hermanos de los abuelos y primos pululaban por la casa, por lo que la Señora María Eugenia recuerda que creció en compañía de una gran familia.

La casa de la infancia es recordada como una casa inmensa y en su comedor, al lado de una ventana que daba a la calle, contaba con un artefacto que constituía una rareza en los parajes rurales de finales de los años 50 y principios de los años 60: poseían una radio de tubos que en esos años ya era antigua y había que repararla permanentemente, dado que los tubos se quemaban y era necesario cambiarlos, pero resultaba ser toda una atracción, porque permitía escuchar las canciones de moda, los partidos de fútbol y enterarse de las noticias de otros rincones del mundo.

El aparato podía funcionar, porque las casas de la calle principal poseían corriente eléctrica, todo un lujo para la época, con el que no contaban las familias que vivían más alejadas de dicho camino. Gracias a este privilegio, María Eugenia siendo niña pudo ver a sus tías bailar y cantar los ritmos de la *nueva ola* y a sus tíos vibrar con los relatos de

los partidos de fútbol, aunque a ella siempre le desagradó el ritmo acelerado y sin pausa de los relatores radiales. "Lo más que me molesta es que no se queda nunca callado" nos relata María Eugenia señalando que aún hoy se aleja cuando escucha la verborrea incansable que surge de las radios durante las transmisiones futbolísticas.

La radio funcionaba siempre a todo volumen para ser escuchada desde el patio, mientras las mujeres de la casa realizaban las labores domésticas. A causa de su alto volumen, la radio no sólo era una fuente de entretención y diversión para la familia de María Eugenia, puesto que al trascender sus sonidos hacia el exterior, no era raro que los transeúntes que pasaban por fuera de la casa, detuvieran su andar para quedarse escuchando la música o las noticias que salían de la vieja radio. Y si se trataba de un evento importante o de un partido clave, entonces ya no eran caminantes aislados los que se detenían en la calle principal a escuchar la radio, sino que eran varias personas las que se paraban para informarse o divertirse, aunque fuera tan solo por un par de minutos. La radio de la casa de la infancia de María Eugenia, conectaba a los habitantes de Las Peñas con el resto del mundo.

Pero no todos los transeúntes quedaban 100% satisfechos con los sones emitidos por la radio. En Particular María Eugenia recuerda a un *afuerino* al que llamaban *Estírate Carlos*, uno de los tantos hombres que recorrían los campos en busca de trabajo y que llegaban al fundo para la temporada de la cosecha de ajos, cebollas o melones. Los domingos al volver de la cancha, luego de acabados los encuentros futbolísticos, rumbo a los llamados *colectivos* o pequeñas piezas donde se alojaban los forasteros, *Estírate Carlos*, con varias copas de más en el cuerpo, se quedaba escuchando la radio, esperando impaciente el momento en que tocaran su canción favorita. Si ésta tardaba mucho en aparecer o simplemente no la tocaban, entonces el hom-

bre comenzaba a pedirla a gritos y finalmente optaba por cantarla él mismo en medio de la calle. Ese hecho hace que hasta el día de hoy María Eugenia recuerde entre risas la canción "la pera madura".

La radio no era la única fuente de entretenciones para María Eugenia, ya que, a pesar de sus pocos años, recuerda con nitidez y nostalgia las ocasiones en que, junto a sus hermanos acompañaba a su padre a trabajar en el pedazo de tierra que el patrón le facilitaba para complementar su exiguo salario. En el lugar donde ahora se encuentra la Avícola González, los inquilinos del fundo sembraban durante la primavera melones para exportación en el cuarto de hectárea asignado. Por las tardes, después de la jornada laboral del padre, toda la familia concurría a la labranza y ahí mismo tomaban *once* con pan amasado, causeo de pescado enlatado, té en *choquero* y, en tiempos de la cosecha, melones en grandes cantidades. Ese mismo ritual lo realizaban todas las familias del fundo.

Los domingos también se iba trabajar, especialmente al momento de la siembra cuando se destinaba todo el día a tal labor. Los más pequeños ayudaban a hacer los surcos y los más avezados, entre los que se contaba el que sería el cuñado de María Eugenia, echaban la cantidad justa de semilla. A medida que los melones crecían y comenzaban a dar guías había que encauzarlas: "íbamos a dar vuelta la guía de los melones, si caían al surco, había que ponerlas arriba. Ese era el trabajo que a nosotros mi papá nos llevaba". Cuando los melones alcanzaban el tamaño de una cebolla mediana, se empezaba a fabricar la ramada con ramas de eucaliptus y cañaveral a la espera de la cosecha del melón.

La cosecha era un momento que demandaba gran cantidad de trabajo. Esta se realizaba utilizando una carretilla larga a la que se le amarraban sacos de arpillera, en los cuales se cargaban los melones recién cortados. Niños y





niñas también debían aportar en esta labor. Finalmente la producción se depositaba sobre la paja que cubría el piso de la ramada. Dichas improvisadas y efímeras bodegas estaban destinadas a guardar el melón, a la espera de que la gente de la exportadora lo embalara y lo enviara a su destino final, posiblemente en España.

Pese al trabajo realizado para abastecer de melones al viejo mundo, el negocio no resultaba ser muy lucrativo, dado que al monto de la venta el patrón le descontaba su comisión y todo lo adelantado al inquilino por concepto de semillas, fertilizantes y otros productos. El resultado final siempre era sumamente exiguo. "No se ganaba casi nada" comenta María Eugenia, quien pese a ser muy niña recuerda que los inquilinos solían quejarse de que los beneficios económicos eran casi inexistentes. Pese a ello, año tras año volvían a plantar melones, quizás con la esperanza de mejorar los números del año anterior, hasta que las pestes hicieron que la producción comenzara a salir manchada y las partidas eran rechazadas por la exportadora. Ello puso fin al rubro melonero alrededor del año 1968.

María Eugenia recuerda ese periodo con cariño, como una época en la que fue feliz y todo el trabajo asociado a la producción de melones lo valora como una bonita tradición, aunque ahora de adulta estima que debió ser un trabajo muy sacrificado para los adultos, pero ella siempre lo vivió como un juego.

Lo mismo ocurría cuando a media tarde los enviaban a buscar pasto para los chanchos. Iban en tropel junto a otros niños y niñas del sector, cumpliendo su labor como si se tratara de un juego más. Menos divertido era cuando debían muy temprano acompañar a las mamás a sacar la leche y luego ir al colegio. Pero a la hora de la siesta, se abría una ventana que aprovechaban para divertirse en juegos que,

sin embargo, no se apartaban de la vida agrícola, ya que muchas veces aprovechaban como juguete el abundante grano de trigo que se dejaba secando en un inmenso patio contiguo a unas bodegas, ya desaparecidas, que se emplazaban en los terrenos que hoy ocupa el colegio. Llegaban niños de todo el fundo a saltar a correr y a tirarse *piqueros* como si fueran Rico Mc Pato nadando en sus monedas.

Esos juegos eran privativos de los niños y niñas más pequeñas, porque los hombres pasados los 10 años debían acompañar a sus padres a las faenas agrícolas. Estos debían esperar el anochecer para jugar un rato a la pelota en la cancha o en unos corralones en los que se guardaban los caballos. Las mujeres, por su parte, a medida que crecían, debían dedicarse a las labores del hogar, ayudando a sus madres y tías en todo lo que fuese necesario.

Los niños al campo y las niñas a los trabajos domésticos y otras labores productivas, pero unos y otros, en la medida en que se iban transformando en hombres y mujeres, debían cumplir con un rol establecido hace ya muchísimas generaciones, aportando con su esfuerzo al sustento y funcionamiento familiar, quedando de lado las diversiones de la infancia. En ese momento fue inevitable asumir, que el trabajo cotidiano había dejado de ser un juego.

Crianceras

Escrito por Pía Argagnon Ocampo

El fundo El Tabón, que se extendía desde el sector de La Cumbre hasta la Cuesta de Las Chilcas, fue por muchos años propiedad de la familia Meléndez Escobar. Sus miles de hectáreas encontraban límite al este con la cuesta de Chacabuco y hacia el oeste con el fundo Las Mazas, propiedad de la familia Valdés, y, un poco más allá, con las tierras de don Jenaro Prieto Hurtado, el acaudalado empresario que mandó a construir la casona Santa Teresa.

Sus tierras estaban vestidas de verdes praderas y de un tupido monte, donde aparecían de forma intercalada peumos, quillayes, quebrachos, algarrobos y pimientos, además de los espinos, chaguales y quiscos que siguen aferrándose a sus laderas. Todo este bosque era regado con abundante agua que bajaba desde las lomas en forma de vertientes y esteros, dando hogar a enormes sauces y a un sinfín de animales silvestres.

A pesar de su belleza, no eran muchas las personas que se asentaron en este sector, ya que para llegar hasta allá, con camas y petacas, implicaba un gran esfuerzo. Aun así, este era un paso obligado para las carretas que iban rumbo al valle del Mapocho, travesía que se extendía por semanas. Para recuperar el aliento, los viajeros se hospedaban en una de las casas del fundo, donde podían descansar algunos días y reponer las provisiones. Su actual dueña, Gladys Huerta Mura, cuenta: "Antes no había carretera y de Valparaíso venían en carretas. En este mismo lugar, paraban por el agua y para poder hacer comida para lo que les quedaba de viaje. Aquí se quedaban unos días y avanzaban hasta Rungue, ahí estaban otros días, y después se iban a Santiago, así que se echaban como 40 días en llegar". Su familia, que se estableció en esa casa de adobe y que aún se mantiene en pie en el sector

conocido como Achupallas, tenía por responsabilidad alimentar y atender con esmero a quienes transitaban por ahí; rol que quedó impregnado dentro de su linaje.

Además de eso, se desempeñaban como campesinos *medianeros*, es decir, a ellos les pasaban la tierra con el acuerdo que, de todo lo que producían, tenían que entregarle la mitad a los señores del fundo. En aquellos años, aprendieron a manejar el extenso matorral que los rodeaba, obteniendo carbón de espino de las ramas que quemaban en unos hornos, mientras cosechaban los frutos que les entregaban las plantaciones de almendros y nogales. También, en los cerros solían cultivar cebada y trigo, y criaban todo tipo de animales de pastoreo.

La tranquilidad que se respiraba en este sector se vio interrumpida por la construcción ferroviaria que uniría Santiago con Valparaíso, obra que resolvió, con metal y hormigón, las complejidades que le interpuso al extender las vías férreas a través de sus pedregosos recovecos.

El tren, que vino a reparar en parte las dificultades de comunicación que existían entre las dos principales ciudades del país, también les permitió a las familias de Las Chilcas mantener un vínculo más permanente con Montenegro y Llay-Llay, siendo este último el lugar donde, temporada tras temporada, adquirían los elementos necesarios para llegar aperados hasta el otro invierno.

No obstante, los 20 kilómetros que había que recorrer para llegar al hospital de Llay-Llay se sintieron más largos que nunca el día que nació el hermano de Gladys. Sobre este hecho, comenta que: "Esa noche hicieron parar el tren para que mi mamita fuera a mejorarse, pero no alcanzó a llegar allá. Justo en ese momento venía otro tren para arriba y tuvo que desviarse cuando iba en Las Chilcas. Antes la línea era chiquita,





no pasaban dos trenes. Entonces, resulta ser que ahí se desvió el tren y mi mamita en ese momento ahí dio a luz".

En esos años no existía la carretera, sino solamente el camino por donde antes pasaban las carretas. Ir a la escuela significaba muchas veces emprender rumbo a pie o a caballo hasta el poblado más cercano: Enrique Meiggs. Tanto la estación, bautizada en honor del ingeniero británico que estuvo a cargo de la construcción del viaducto sobre la quebrada Los Maquis, como la antigua escuela que ahí se ubicó, yacen cerradas. Juana Labraña, sobrina de Gladys y dirigenta del Agua Potable del sector, cuenta: "La escuela la cerraron porque decían que no había niños. En ese tiempo había muy pocos, porque fue antes que llegara toda la gente que se instaló en Las Blancas".

Mucho antes de que se poblara el valle de Los Cóndores, recuerdan que en primavera los cerros se llenaban de dedales de oro y de la fluorescente flor de la puya, paisaje que era una invitación abierta para tomar un descanso a la orilla del camino. En aquellos años los terrenos no tenían alambrado, de modo que cualquier persona podía ingresar a las lomas sin necesitar permiso para, después de encumbrar volantines y comer asados, terminar la tarde saboreando un pan amasado y tomando té en *choquero*.

Además de su paisaje, comentan que Las Chilcas se hizo conocida por la llegada del ermitaño que armó su rancho cerca de un almendro. Al respecto, Gladys cuenta: "Todos le dejaban alimento, no le faltaba nunca nada porque los verduleros, fruteros y las floristas decían que si no le traían una colación a Juanito le iba mal, se tenían que devolver con todo. Entonces, era como una cábala". Este personaje era muy querido por todos los que transitaban por ahí, a tal punto que su funeral congregó a todo el pueblo.

Su muerte coincidió, sin quererlo, con el momento en que la sequía comenzó a mermar el verdor de los cerros. Esto obligó a los campesinos del sector a abandonar los sembradíos; sucediendo en 1984, casi 40 años atrás, la última trilla a yegua suelta. De ahí, en más, las familias que por siglos han habitado este sector, empezaron a depender exclusivamente de sus cabreríos, los cuales mantienen con gran sacrificio.

Frente a la amenaza de que toda la forma de vida a la que estaban acostumbrados se desvaneciera, las mujeres tomaron las riendas de esta situación. Como antes habían hecho sus madres y abuelas, jefas indiscutidas de la manada, les tocó asumir el rol de crianza dentro y fuera de su hogar. Al respecto, Juanita menciona: "Yo no la conocí, pero la abuelita Teresa, ella era la que administraba todo, toda la economía del campo. Entonces nosotras, yo creo, heredamos de ella ese don de ser libres, porque mi mamá y mi tía son líderes en su casa. Ellas siempre han trabajado, siempre han tenido su independencia económica, con sus cabras y sus animales".

Con esa misma impronta, su madre fue la primera en abrir un puesto de queso de cabra a la orilla de la carretera, y hoy es ella quien asume la posta del negocio familiar junto a su hijo. Si bien las lluvias ya no son suficientes para que sus cabritos se alimenten del tierno pasto de la primavera y sean conducidos a las *veranadas*, se las han arreglado para seguir alimentándolos en localidades cercanas. Al terminar la temporada y llegando las primeras lluvias, regresan junto a las cabezas de ganado que aún conservan hasta el alto de Las Chilcas, para cuidarlos cerca de los suyos hasta que llegue el buen tiempo.

Esto es vital para obtener un buen queso de cabra, pues las cabras necesitan agua y pasto para que produzcan harta leche entre agosto a febrero. En su mesa se conservan los secretos que hacen que cada pieza se compacte y quede sin burbujas, adquiriendo esa suave acidez que lo caracteriza. Sobre este proceso, Gladys cuenta el paso a paso: "Hay que sacar la leche, primero, y luego colarla. Enseguida se le pone un polvo, el cuajo. Se espera unos minutos, se va revolviendo, y en zunchos usted va apretando el queso". Una vez listo, lo demás queda al gusto del consumidor: "Hay personas que les gusta fresquito, recién hecho casi, y a otras de semanas, más oreadito".

Enamoradas de las serranías, de sus sabores y olores, así como el vínculo que desde pequeños generaron con esa vertiente que muchos años antes irrigaba de forma ininterrumpida sus campos. Los Huerta Mura se han aferrado a este lugar con uñas y dientes.

Gracias al Derecho Colonial, esta familia pudo reclamar su legítimo derecho a permanecer en estas sierras, sobreponiéndose al deseo de los actuales dueños de fundo de expulsarlos con una mano adelante y otra atrás. Tras cinco años de batalla legal, Gladys se siente orgullosa de haber defendido su sitio en el mundo, y haber conseguido por intermedio de los Tribunales de Justicia que se les vendiera el terreno que pretenden seguir habitando por varios siglos más. "Nosotros llevamos siete generaciones acá: tatarabuelo, bisabuelo, abuelo, nuestros papás, nosotros y nuestros hijos y nietos. Fue por esos ancestros que nos permitieron quedarnos acá, comprando dos derechos de la herencia, que corresponden a 120 hectáreas", sentenció Gladys.

Las huellas de las carretas que por tantos siglos transitaron por estas sinuosas tierras, aún pueden verse en el patio de la familia Huerta Mura, y se asoman con más fuerza cuando las lluvias son copiosas. Con esa misma energía que la naturaleza reclama su espacio, en Achupallas se conserva firme el recuerdo de esas mujeres que guiaban el camino de sus hijos y de su ganado.

La estación del viento

Escrito por Carlos Miranda Rozas

El caserío antiguo de las Vegas y las poblaciones más recientes parecen darle la espalda a la línea férrea y sus habitantes se muestran indiferentes a lo que ocurre en su entorno, de tal modo que alrededor del centenario camino de fierro no se aprecian más que escombros y un paraje desolado salpicado de basura. Sólo unas pocas casas miran hacia la solitaria vía y precisamente en una de ellas vivió Don Segundo Escanilla, quien rememora los pormenores de una vida que por muchos años giró en torno al ferrocarril, no sólo porque durante más de tres décadas trabajó en la estatal ferroviaria, sino también, porque desde pequeño escuchaba historias de cuando la extinta estación de Las Vegas era la cabecera de un ramal que se desgajaba de la línea principal surcando el valle del Aconcagua para transportar sus riquezas agrícolas y minerales.

Al ser Las Vegas la punta de rieles del ramal, todos los pasajeros que viajaban hacia San Felipe, por esos años la capital de la antigua provincia de Aconcagua, o más allá hasta Los Andes e incluso hasta Mendoza, debían obligatoriamente bajarse en Las Vegas para tomar la combinación ferroviaria.

Don Segundo nos cuenta que, dado el movimiento de la estación, en torno a ella se desarrollaba una serie de actividades: las tradicionales *venteras* ofrecían sus tortillas, pasteles y sándwich a los pasajeros, los cocheros ofrecían sus carruajes tirados por caballos a quienes necesitaran ir al centro de Llay-Llay e incluso llegó a haber un hotel de paso contiguo a la estación.

Pero en el año 1952 la cabecera del ramal se trasladó al centro de Llay-Llay y la vieja estación cayó en desuso, las venteras se mudaron, los cocheros desaparecieron poco a poco y el hotel debió cerrar sus puertas al no tener viajeros que alojar.

Sin embargo el tren siguió parando en Las Vegas. La famosa *Ratia*, que pasaba al despuntar el día rumbo al Puerto, se detenía sagradamente en el caserío, lo mismo el *cabrero*, con destino a la Capital, por lo que si bien ya no poseía el esplendor de la antigua estación, la que había sido desmantelada y reconvertida en simple paradero, la vida ferroviaria de Las Vegas permanecía con vida.

Además en Las Vegas se ubicaban las casas destinadas a la cuadrilla encargada de mantener en buen estado la vía férrea. Dos de ellas eran de material sólido y albergaban, primero al jefe de estación y personal administrativo y después fueron destinadas al clavador y su ayudante. Las otras casas, de trazos más humildes, se destinaban al resto de los miembros de la cuadrilla. En una de esas casas llegó a vivir don Segundo Escanilla en el año 1952 con tan sólo 5 años de edad, cuando a su padre, trabajador de una de esas cuadrillas carrileras, lo destinaron al tramo que tenía su centro en Las Vegas. Don Segundo recuerda que eran unas casas enormes, fabricadas con adobe, pero que se derrumbaron con el terremoto de 1965, por lo que hubo que construir nuevas viviendas, pero esta vez de madera y de dimensiones más pequeñas. Cuando se hizo adulto, don Segundo abandonó dicho hogar y siguiendo los pasos de su padre ingresó también a una cuadrilla de carrilanos. Durante 3 años vivió en el centro de Llay-Llay, pero tras la jubilación de su padre, le fue asignada la misma casa, por lo que retornó al poblado de su infancia. Estas casas contaban con agua gracias a una bomba que Ferrocarriles empleaba para sus operaciones y para abastecer a sus trabajadores, quienes además poseían corriente eléctrica, la que era obtenida de la misma red utilizada por los trenes

y cuyo voltaje era bajado de 2.300 a 220 volts gracias a un transformador ubicado en las cercanías. Estos dos servicios constituían un verdadero privilegio en el sector, ya que el resto de las casas debían abastecerse con agua de los pozos ubicados fuera de las viviendas y alumbrarse solo con la luz de las velas.

Desde esta casa don Segundo se trasladaba en motorriel hasta Llay-Llay para recoger los implementos necesarios para ejecutar su labor, la que estuvo siempre ligada a las vías, primero encargado de mantención y reparación y luego en el área de la señalización.

Otra instancia que mantenía con vida el entorno ferrocarrilero de Las Vegas era la que se producía durante los veranos, ya que don Segundo nos cuenta que una de las instalaciones fundamentales de la antigua estación, la tornamesa, siguió siendo utilizada, aunque para fines distintos, gracias al ingenio de los trabajadores ferroviarios, porque una vez que se desinstalaron los rieles y durmientes, surgió la idea de habilitarla como piscina y para ello la limpiaron y desviaron el curso de una acequia cercana para llenarla de agua. Dicha improvisada piscina fue utilizada por toda la comunidad Veguina, ferroviaria o no, durante muchos años. Además como se encontraba contigua a una hilera de sauces, resultaba sumamente apropiada para capear el calor estival.

El verano era también el periodo de mayor movimiento en el paradero, ya que las familias tomaban el tren para ir por el día a las playas de Viña del Mar o de Valparaíso. Salían por la mañana en la *ratia* y retornaban al anochecer en un tren que salía a las 18:00 horas de la Estación Puerto y llegaba después de la 20:00 horas a Las Vegas. El resto del año, estudiantes y trabajadores se movilizaban hacia







y desde las ciudades más grandes, con lo que el paradero nunca dejó de tener movimiento.

Todo esto comenzó a quedar en el olvido cuando en 1994 dejó de operar el servicio de pasajeros y cuando muchos de los trabajadores de la cuadrilla fueron trasladados a Limache, las casas de la cuadrilla se desmontaron y se rearmaron en dicha ciudad. Luego los terrenos donde se emplazaban fueron adquiridos por particulares.

En la actualidad todo resulta muy distinto a lo que nos relata don Segundo y hay que hacer un esfuerzo imaginativo para vislumbrar el antiguo esplendor lleno de vida al que nos remiten sus palabras, puesto que de las 13 casas ocupadas por el personal de ferrocarriles sólo quedan en pie cuatro, la piscina apenas se distingue entre los escombros y la basura, la caseta de controles ha perdido su parte superior y los andenes, apenas visibles, se revelan sólo para el ojo avezado que pueda distinguirlos de la tierra circundante.

Pero, de vez en cuando, el antiguo esplendor parece revivir cuando el caserío vuelve a ser atravesado por un tren de pasajeros. Se trata del "Tren del recuerdo" que cada 15 días recorre en un viaje turístico el trayecto comprendido entre la Estación Central y Limache. Don Segundo cuenta que la gente sale a mirar y agita sus manos en señal de saludo y despedida. La nostalgia por el ferrocarril perdido se mantiene viva entre los veguinos.

Sin embargo, el intermitente paso del tren turístico no puede contrarrestar el hecho de que la mayor parte del tiempo el lugar permanece desolado y los restos de la antigua estación se amontonan como una masa informe que nada dice al que nunca la vio en sus años de gloria. Por ello sus escombros se presentan como los últimos vestigios de

un pasado que permanece vivo sólo en los recuerdos, porque los trenes de pasajeros ya no se detienen en Las Vegas, tal vez no lo hagan nunca más, aunque aquellos que transportan minerales u otras cargas pasan de manera continua, recordándonos que el transporte ferroviario no ha muerto. Pero su traqueteo, ya no emociona a nadie, nadie lo espera, nadie partirá rumbo al trabajo, a estudiar o a la playa. Nadie espera que baje un familiar u otro ser querido para concretar un anhelado reencuentro, nadie se apresura a tomar sus maletas o su productos para ofrecerlos a los pasajeros. Por eso, las imponentes máquinas diesel, arrastran sus monótonos y monocromáticos carros sin que nadie salga a mirarlos, por lo que pasan solitarios entre las ruinas de la vieja estación, las que tras el paso del tren, vuelven a quedarse solas, acompañadas únicamente por el ruido incesante del viento.

La vuelta del embudo

Escrito por Carlos Miranda Rozas

Quién no ha estado en el campo de noche, no conoce la oscuridad. Quién no ha caminado solo por el campo durante la noche, no sabe lo que es el miedo. Con esas palabras, Karen nos introduce al relato que estamos próximos a escuchar, como una forma de prepararnos para lo que viene, como una forma de anticiparnos que lo que vivió su madre Fresia Fernández, siendo casi una niña, es algo que tan sólo entenderán quienes conocen la magnitud de la penumbra nocturna de los parajes rurales.

Fresia Fernández nació en Las Peñas. Ahí dio sus primeros pasos y de ahí son sus primeros recuerdos. Ahí también sintió miedo por primera vez y esta sensación la ha acompañado siempre: "siempre he sido muy miedosa, a todas las cosas, como que me da miedo. De repente si alguien me habla muy fuerte, me grita ya, como que me da miedo".

A veces ese miedo era provocado por cosas muy concretas. Como la profesora que tuvo en el colegio de Las Peñas, que gritaba y golpeaba a sus alumnos con una regla, si hacían algo considerado indebido. Pero a veces el miedo era provocado por causas extrañas o difíciles de explicar e incluso a veces, por causas difíciles de creer. Uno de estos eventos extraños, que rayan con lo increíble le ocurrió a la Señora Fresia cuando vivía en el fundo Vichiculén.

Hasta ahí llegó, con su familia a la edad de 13 años, después de recorrer varios fundos cercanos y de una estadía en Viña del Mar. El padre en su calidad de inquilino debía cumplir con dos obligaciones para tener derecho a permanecer en el fundo: la primera era lo que se llamaban *el obligado*, esto es un trabajador o peón más para que trabajara junto al inquilino en las tierras del patrón. Este *obligado* po-

día ser uno de los hijos mayores, un sobrino, un hermano menor, etc. pero también podía ser un *afuerino* contratado para tales efectos y su manutención corría por cuenta del inquilino.

La otra obligación es la que atañe a la señora Fresia y consistía en que una mujer de la familia debía cumplir la función de *sacadora* de leche. Esa labor la cumplía la madre de quien nos relata esta historia, pero al poco tiempo, la mujer comenzó a enfermarse de las piernas y por el dolor que sentía, se le hacía muy complicado caminar hasta el establo a cumplir con su obligación. La familia no tuvo más remedio que buscar una reemplazante y dicha responsabilidad recayó en la señora Fresia, quien por esos años tenia poco más de 13 años.

El Establo donde había que ordeñar las vacas quedaba bastante lejos de la casa que habitaban y la labor debía hacerse temprano en la mañana, por lo que había que levantarse aún de noche. El despertador de la señora Fresia era el capataz del fundo que vivía al frente de su casa y todos los días al dirigirse a su labor, consistente en rodear las vacas para la ordeña, silbaba fuertemente para despertarla.

La señora Fresia recuerda que emprendía el rumbo al establo a las cinco de la mañana, cuando la noche aún no se dejaba vencer por el amanecer. La oscuridad era total, sobre todo en las noches de invierno, cuando ni las estrellas alumbran el firmamento. Cuando llovía, la travesía era un verdadero suplicio, porque había que caminar sobre el barro y atravesar esteros que se venían crecidos. Para iluminar un poco el camino su padre le fabricó un *choquero*, que no era más que un tarro con una vela en su interior, por lo que su potencial lumínico era bastante reducido. Algo mejoró su situación cuando le regalaron una bicicleta, la que no sólo le permitía hacer un poco más breve el viaje,





sino que también le permitía alumbrar con un poco más de potencia, porque tenían una pequeña lámpara que funcionaba con un dínamo.

Sin embargo el camino no era el único momento donde el miedo la dominaba, ya que al llegar al establo, en un principio, también le tenía miedo a las vacas. El trabajo no se le daba fácil y mientras otras mujeres obtenían 12 ó 14 baldes de leche, ella con suerte alcanzaba a llenar uno. Además en un comienzo no sabía distinguir que vacas se dejaban ordeñar con mayor facilidad y más de una vez le tocaban vacas saltonas que hacían muy difícil su tarea. En dichas ocasiones el capataz debía ayudarla a sujetar la vaca, pero igual perdía mucho tiempo lidiando con el animal.

Con el tiempo adquirió algo de pericia en la ordeña y podía llegar a reunir hasta 5 baldes, también fue conociendo a las vacas más problemáticas y aprendió cómo hacerlo para que al cambiarse de animal, no le tocaran las que daban más problemas.

El trabajo se hacía cada vez menos terrible, pero el trayecto de la mañana seguía causándole temor. Para colmo, en una oportunidad se le averió la bicicleta, por lo que tendría que volver a caminar alumbrada sólo por la débil luz de una vela. Por lo mismo le planteó a su papá el miedo que esto le causaba y ante su insistencia, el padre optó por ordenarle a uno de sus hermanos menores que la acompañara hasta el establo. Este acató la orden de malas ganas y se levantaba refunfuñando. Asimismo hacía casi todo el trayecto en silencio y apenas llegaban al establo se devolvía raudo a la casa para dormir un poco más. Sin embargo en una ocasión su hermano optó por no volver sólo a su casa.

Aquella vez ambos hermanos caminaban distantes. La hermana más adelante y el hermano menor atrás. Éste, como siempre, iba enojado, lo que unido, seguramente al sueño, lo hacía permanecer callado. Así estaban cuando comenzaron a atravesar la vuelta del embudo, un lugar famoso por la ocurrencia de eventos extraños. Tal era la frecuencia de estos eventos que el lugar estaba plagado de cruces, grutas y vírgenes para conjurar los males que ahí acechaban. La señora Fresia había escuchado de estas historias, ya que, a su juicio, los adultos parecían encontrar cierto placer asustando a los más pequeños. Le habían hablado de un perro enorme y negro que se subía a las parrillas de las bicicletas, lo que hizo que le pidiera a su padre que le sacara la parrilla, pero también le habían hablado de jinetes sin cabezas, de caballos de fuego, de una gallina negra que salía con sus pollitos y de muchas otras historias asociadas siempre con criaturas sobrenaturales.

La noche, en la que ambos hermanos caminaban por tan tenebroso lugar, estaba completamente oscura, no se veía absolutamente nada, por eso todos los sonidos resultaban amenazadores. De pronto la señora Fresia comenzó a sentir algo extraño "sentí como un aire", nos dice. Pero luego el sonido comenzó a hacerse más definido. Quiso creer que se trataba de unas garzas, pero rápidamente se dio cuenta de que no se trataba de tales aves. Paso a paso el sonido resultaba más nítido y era imposible no advertir que se trataba del llanto de una guagua. Pero ¿cómo va a haber una guagua llorando sola a esta hora? ¿cómo iban a dejar a una guagua votada? La señora Fresia se hacía estas preguntas sin encontrar una respuesta.

Cuando llegaron cerca de las casas patronales, el llanto era cada vez más fuerte y seguía subiendo en intensidad. En ese momento su hermano apuró el tranco y se allegó a su lado ¿escuchaste? Le dijo. Asintió, pero no siguieron ha-

blando, de tal modo que lo único que se escuchaba era el terrorífico llanto. Al llegar a una cancha de fútbol el sonido desapareció por completo, sin volver a reaparecer. Ese día el hermano decidió esperar a que amaneciera para regresar a su casa.

Nunca volvió a tocar el tema con su hermano. Nunca supo si ambos lo imaginaron o no. Nunca supo de dónde venía el llanto. Ella se imaginaba que se trataba de una guagüita blanquita que lloraba, pero nunca lo pudo corroborar, porque nunca nadie le dio una explicación razonable y lo único que obtuvo como respuesta cuando lo comentó con los lugareños, fue algo que estaba lejos de tranquilizarla, ya que todos le decían que el llanto que escuchó, efectivamente era el de una guagua, pero que esa guagua, era el diablo.

Colonizando Las Palmas

Escrito por Pía Argagnon Ocampo

Carlos Werner Richter y su señora Selma Schömberg se hicieron dueños de la hacienda de Las Palmas, construyendo ahí un próspero y moderno fundo. Este destacaba por tener una hermosa casona con vista a la cordillera y porque hasta en las casas de los trabajadores existía energía eléctrica, servicio que trajeron antes de que llegara al pueblo de Llay-Llay.

Como los patrones no tenían hijos y contaban con una importante fortuna, decidieron acoger a dos niños huérfanos de la Primera Guerra Mundial, criándolos como sangre de su sangre, convirtiéndolos en los herederos de todas sus posesiones. Harry y Kenneth fueron adoptados como hermanos, pero no tenían la misma sangre: uno era alemán y el otro inglés. Con el tiempo, estos niños aprendieron todo lo necesario para administrar el fundo, siendo sus dueños hasta la reforma agraria.

Además de traer a sus hijos del viejo continente, los Werner hicieron el intento de constituir una colonia alemana en Las Palmas, como la existente en las cercanías de Parral. Para ello, mandaron a hacer una serie de casas con forma de L, que eran una mezcla del estilo arquitectónico del primer mundo con la tradicional construcción en barro, tan usada en el campo chileno.

Esas casas tenían tres piezas grandes, una cocina y una despensa, como cuenta Manuel Fernández Arancibia, extrabajador del fundo: "Esas casas fueron bien hechas. Se hicieron con madera traída del sur, con palos gruesos de roble. Ni parecido a una mediagua". A estas viviendas, llegaría un sinnúmero de campesinos de tez blanca, el cabello rubio y de ojos azules, para enfrentar las labores del campo con

las técnicas y herramientas que conocían más de cerca los patrones.

Con ese plan entre manos trajeron vacas frisonas; raza de origen europeo-holandés que presenta cualidades excepcionales para la producción lechera. Estas no eran cafés, sino las típicas blancas con manchas negras en el cuerpo, que tienen unas enormes y lisas ubres. Tras el arribo de las vacas, integrarían a los recién llegados inmigrantes europeos al resto de las faenas agrícolas que querían impulsar. Sin embargo, los designios del destino tramaron algo distinto para este sector, frustrando totalmente dichos planes. Si bien los Werner habían importado maquinaria de última generación para extraer el preciado elixir y producir mantequilla, al usarlas vieron con frustración cómo rompían las ubres de las vacas, provocándoles una compleja infección que afectaba gravemente la producción. Sin más remedio que volver a la vieja usanza, a fines de la década del cincuenta comenzaron a buscar mujeres que quisieran trabajar como ordeñadoras, a cambio se les ofrecía una casa en el fundo y una ración diaria de pan y leche. De este modo, las casas que se habían construido terminaron siendo entregadas a las personas que llegaron a sacar leche, quedando el campamento de gringos únicamente con el nombre del sector que hasta hoy se le llama La Colonia.

En ese tiempo llegó Norma Herrera Ulloa a Las Palmas, quien venía desde Los Andes junto a su madre y cuatro hermanos. Al principio solo su *mamita*, quien había enviudado poco tiempo atrás, se hizo parte de la faena, pero al poco andar sus "hijas mujeres" empezaron a ayudarle para que el pago de la familia fuera más sustancioso. Así fue como, siendo aún una *lolita*, se incorporó Norma a la ordeña, mientras que al resto de sus hermanos los echaron al campo. Algo parecido le sucedió a Manuel Fernández Arancibia, quien venía de la mano de su madre desde Las

Peñas. Él tenía entonces siete años, su padre había fallecido y las condiciones en las que quedó su madre no le permitían solventar su hogar y cuidar a sus hijos, incluso debiendo tomar la dolorosa decisión de dejar a algunos de sus retoños encargados con otras personas.

Además de la lechería, en estas tierras había enormes extensiones con esparragueras, trigales y alfalfales, plantaciones de nogales, almendros y olivos, y se recolectaban los coquitos que ofrecían las milenarias palmas que dieron el nombre al sector. Todas las faenas se organizaban teniendo como punto de encuentro la panadería del fundo. "Se les daba el café en la mañana y desde ahí se destinaba la gente a las labores del campo. Salía la gente a trabajar por el lugar, llevaban los bueyes y todo lo que tenían que llevar a los potreros", menciona Norma, quien al poco tiempo comenzó a trabajar también como cocinera, preparando los porotos que se les daba a los peones para el almuerzo.

Cuando había "tiempo malo", el patrón ponía una carretela para que los trabajadores no tuvieran que caminar a la intemperie. En ella se mojaban y el frío calaba los huesos, pero se sufría menos que al caminar los dos kilómetros que hay desde el cerro hasta el *chalé* de Las Palmas. En aquella época las lluvias eran muy copiosas, llegando incluso a juntarse el estero Vichiculén con el canal que rodeaba la casona, lo que impedía el tránsito por el camino principal.

Aun así, no era habitual que el trato de los patrones fuera de tanta consideración, por lo que la vida de las familias campesinas implicaba mucha pobreza y sometimiento. Manuel, por ejemplo, llegó al fundo con siete años, a los nueve acompañaba a su madre en los potreros, pelando y trenzando ajo, y a los trece años ya era un trabajador más; llegando hasta tercero básico en la escuela que había en el fundo. Empezó "pajareando", es decir, espantando a





los pájaros que llegaban a los cultivos de trigo. Continuó cuidando vacas, cerdos, ovejas y cabras, para después ser destinado como ayudante en la lechería. Tras repasar sus vivencias, afirma: "Nosotros éramos como esclavos. Los mayordomos, los administradores que tenía el fundo, andaban ahí vigilando y apurando a la gente. Todo cambió gracias al presidente Frei, que borró todo eso. Él le dio libertad al campesino, porque antes trabajábamos de sol a sol, invierno y verano".

Su esposa, en tanto, recuerda con más nostalgia los años que trabajó en la lechería: "Fue muy bonita la historia, porque de ahí ya empecé yo, me formé, tuve mi propia familia y siempre trabajando, pues, porque en la ordeña pasamos mucho tiempo junto con otras señoras de Las Palmas. Éramos como 12 ó 15 personas". Muchas de estas mujeres ya no están con vida, falleciendo al igual que los socios más antiguos del Club de Adulto Mayor Las Palmitas.

Si bien eran muy unidas, al momento de trabajar cada una tenía sus mañas para cumplir la cuota de leche que se les exigía. Para eso, tenían que limpiar bien las ubres, después manearla, y ahí sentarse al pie de la vaca con unos tarros lecheros entre las piernas, donde íban juntando la leche. Tras esto, Norma cuenta que algunas señoras le hacían el quite a las vacas "malas", que eran las que pateaban y daban poca leche, aferrándose a aquellas más mansas y de rendimiento probado, mientras que el resto debía ir rotando de animal en animal.

A pesar de estas triquiñuelas, Norma Herrera fue mejorando poco a poco su técnica, obteniendo una cantidad de litros de leche acorde a su empeño. Al finalizar su turno, cada una de estas trabajadoras se acercaba a la persona que medía y anotaba la producción en un cuaderno, información que era usada luego para calcular la paga que les correspondía a final de la quincena. La persona que anotaba

era Manuel Hernández, quien cada vez que veía llegar a Noma se sonrojaba y le incrementaba en algunos litros la cantidad que había entregado, con la expectativa de que se forjara entre ellos una complicidad y, en algún momento, usar este gesto a su favor para robarle un beso.

Además de este tierno romance, Norma revive con mucha dulzura cómo nadaban las vacas en el verano en una piscina que se había construido en la lechería con este fin; para lavarlas y para que se refrescaran ante el alza de las temperaturas. Todos los días se les hacía pasar por este estanque con agua de acequia, rutina a la que estaban tan acostumbradas que no ponían mayor resistencia. Las vacas, que en el suelo se ven tan gordas y pesadas, se movían con tanta liviandad en medio del agua, y moviendo sus patitas al compás parecían danzar en hilera. Detrás de ellas, venía el perrito del cuidador, que las conducía hacia el establo.

Al igual que en la piscina donde las vacas se daban el chapuzón, las huellas de ese pasado se encuentra en ruinas. Son pocas las casas que siguen aún en pie, estando algunas en total abandono u ocultas entre otras edificaciones que las familias fueron levantando años más tarde. Según cuenta Manuel, varias de estas construcciones no tendrían que haber desaparecido, ya que los materiales empleados eran duraderos, envejeciendo mejor que la madera y el ladrillo. Sobre esto, Norma réplica preguntando a viva voz: "¿Ha visto esa tapia que está frente a la cancha? Ahí sigue intacta, no se ha caído nunca".

Del paso de los Werner por Llay-Llay solo puede apreciarse el *chalé* de Las Palmas, cuyas cien habitaciones no cuentan con morador alguno. Frente a este, se distingue la oxidada entrada de la lechería, los silos donde guardaban el forraje para el invierno y los galpones usados en la ex-

tracción de leche fresca. Estas estructuras, que continuaron funcionando hasta la década de los ochenta en manos de la Cooperativa de Las Palmas, hoy siguen guardando en sus recovecos el sonido con el que caía la leche a los tarros de aluminio, cuya cadencia estaba marcada por la suave presión con que estas mujeres ordeñaban.

Rompiendo barreras

Escrito por Carlos Miranda Rozas

Fue el amor el que trajo a la señora Ana María Lagos a vivir a la localidad de Las Vegas. Ella misma lo confiesa entre risas y de entrada nos damos cuenta que no estamos frente a la tradicional mujer campesina. De hecho su infancia y juventud las vivió en las antípodas de la ruralidad, ya que ella creció en Santiago, pero con sólo 17 años el corazón la hizo cambiar el ruido y la actividad de la Capital por la monotonía del caserío ubicado en el costado sur de la carretera 5 norte.

Conoció estos parajes, porque una hermana mayor se le había adelantado y se había casado varios años antes con un Veguino. Por lo mismo ella venía con alguna regularidad hasta la rivereña localidad. Ahí conoció al hombre que luego sería su marido. El amor hizo su trabajo y tomó la decisión que ha marcado su vida por más de cuarenta años.

Llegó a vivir en una pieza, la misma que ocupara su marido siendo soltero. Era una allegada en todo el sentido de la palabra, pese a que al poco andar el joven matrimonio compró una *mediagua* de dos piezas que instalaron en el patio de la casa. En una de esas piezas poseían un dormitorio y la otra hacía las veces de comedor y cocina.

Al principio le fue difícil acostumbrarse a su nueva rutina, no sólo por el contraste evidente entre la gran ciudad y el campo, sino también porque, pese a su juventud, ella en Santiago había trabajado, en cambio en Las Vegas se sentía atrapada sin nada que hacer: "Llegaba a llorar, quería puro devolverme" nos cuenta para explicarnos lo difícil que fue su adaptación.

Una cierta rebeldía le impedía someterse a los designios de la tradición y asumir las labores impuestas a una "buena dueña casa", por lo que en lugar de dedicarse a las labores domésticas, optaba por ir con niños y niñas del sector, todos menores que ella, a capear el calor estival en los pozones que se hacían en el Aconcagua, que en esos años todavía poseía el caudal suficiente como para permitir aquellas veraniegas distracciones.

El marido insinuó alguno reclamos, sobre todo cuando a las cinco de la tarde volvía a su casa a la hora del té, encontrándose con la sorpresa de que no había nada preparado. Ella le replicaba que se aburría en la casa, como si ese hecho bastara por si solo para explicar sus infantiles diversiones. El hombre no tardó en acostumbrarse a dicha situación y nadie la cuestionó mucho. Su suegra había fallecido y el suegro sólo se reía, nos dice al recordar ese periodo. Con el tiempo fue abandonando tales pasatiempos, pero ello no significa que se amoldara a las viejas costumbres, ya que no tardó en empeñarse a realizar otras actividades poco convencionales para las mujeres de esa época.

Resulta que la situación económica de la familia no era de las mejores, lo que era particularmente complicado durante los inviernos, ya que la abundancia de lluvias le impedía a su marido salir a trabajar en las faenas agrícolas que le permitían contar con un salario. Dado que la familia se había echo más numerosa con la llegada de los hijos, la señora Ana decidió trabajar también durante la temporada agrícola para aportar en el sustento del hogar. Tal situación no fue del todo agradable para su marido, quien se manifestaba temeroso del juicio crítico de sus pares y no quería arriesgarse a que alguien le digiera: "oye tú mandaste a tu mujer a trabajar". El trabajo femenino remunerado era visto como un símbolo de la incapacidad masculina para

cumplir con el rol que le había sido asignado hace quizás cuantas generaciones.

No obstante el empeño de la señora Ana fue mayor y logró convencer a su marido, por lo que al despuntar la primavera comenzó a trabajar en los predios agrícolas cercanos, cortando porotos, desmalezando almácigos de cebolla o desmochando ajos.

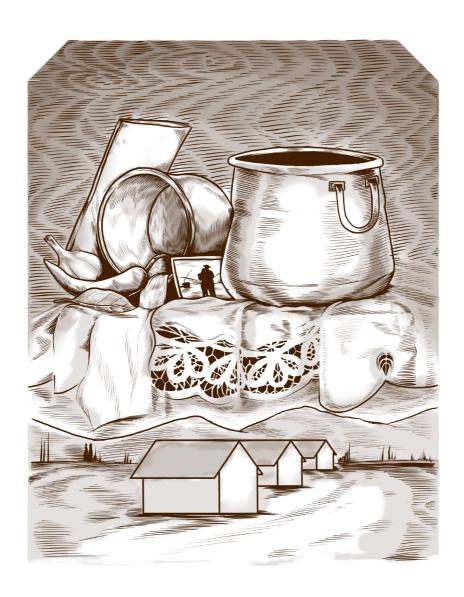
El trabajo agrícola le resultaba toda una novedad, lo encontraba entretenido y además le permitía aportar con recursos económicos para la familia. Su marido, nuevamente demostrado que también era un hombre atípico que no se aferraba a los viejos cánones, terminó por valorar el trabajo de su mujer. "No te vayas a quedar dormida" le decía él por las mañanas. "Ahora te gusta cierto", le respondía ella medio en serio, medio en broma.

La situación económica mejoró un poco, pero las condiciones de la vivienda no eran las óptimas, pese a que la habían ampliado con un par de dormitorios para los hijos y con otra pieza que les permitió contar con espacios separados para comer y para cocinar. Pero la señora Ana anhelaba una casa de mejor calidad, con baño interior, con agua potable y fundamentalmente con una casa que fuera propia.

Para lograr lo anterior, ingresó a un comité de allegados donde había varios vecinos del sector. No tardó en hacerse dirigenta, iniciando un camino que ha transitado por muchísimo tiempo.

Fue difícil conseguir los fondos, pero cuando lo lograron, compraron unos terrenos eriazos pertenecientes a ferrocarriles. Luego con la ayuda del alcalde Nicanor Pacheco, pudieron postular a los subsidios habitacionales para contar por fin con su casa propia.





No era una casa de grandes dimensiones, pero era de material sólido y contaba con todos los servicios básicos. En ese momento la señora Ana consideró que su tarea estaba cumplida y dejó la labor dirigencial. Pero tal alejamiento fue breve, ya que los propios vecinos le pidieron que retornara a conducir la Junta de Vecinos de la nueva población. En eso ya lleva más de 15 años en los que ha vivido momentos difíciles como cuando se secó el pozo de la APR, que no resistió más la competencia con los paltos cercanos. Pero también le han tocado buenos momentos, como la mejora de la sede, la adquisición de mobiliario, la reparación del puente de acceso y el jardín infantil. Además tiene en carpeta nuevos proyectos para el barrio, como la construcción de la plazoleta.

El trabajo de dirigenta le consume una buena parte de su tiempo y éste se le hace muy escaso, pese a que ya dejó de trabajar en las temporadas. "Me aburrí del campo", nos dice, para contarnos también que ya no lo considera necesario, puesto que sus hijos están grandes. A veces se siente muy cansada, porque la llaman a cualquier hora y recibe críticas que considera injustas, pero siente que es su deber continuar, sobre todo porque no ve un recambio generacional en el corto plazo. Además valora que la actividad dirigencial le permite conocer gente de otros sectores y tener una mayor vida social.

Su marido como siempre, no la cuestiona y cuando debe salir a reuniones o trámites, "no le dejo ni almuerzo hecho", nos señala. Nosotros asumimos que debe estar acostumbrado y que después, de tantos años, debe tener claro que no se casó con una mujer típica, porque la historia de la señora Ana no encaja bien con los prejuicios respecto de la mujer rural. No sólo porque no nació en el campo, sino también porque no acató los roles que desde tiempos inmemoriales se le imponía a las mujeres. Por el contrario, la

señora Ana, pese a las adversidades, decidió permanecer en Las Vegas y luchar por una mejor calidad de vida para ella, su familia y sus vecinos. Por eso su historia es un buen ejemplo de lo que día a día hacen millones de mujeres para construir un hogar, sacar adelante a los hijos y aportar con su esfuerzo y trabajo a mejorar las condiciones de toda una comunidad.

Días de fiesta

Escrito por Carlos Miranda Rozas

Muchas veces y por diversos canales he visto, leído o escuchado, añejas remembranzas que hablan de la dureza de la vida en el campo, del trato despótico de los patrones, de las jornadas extenuantes de trabajo, de la crudeza invernal, de las malas condiciones de las viviendas, del casi inexistente acceso a la salud, educación y de muchas otras situaciones que sólo traen imágenes grises empapadas de dolor.

Pero dicha imagen representa sólo una parte de la vida campesina, dado que no todo era sacrificio, trabajo y frío en el mundo rural de décadas pasadas, porque la gente de campo, supo encontrar siempre momentos de alegría y diversión. Eso es lo que nos relata don Renato Vega quien, mediante sus palabras, nos entrega retazos de los momentos de esparcimiento vividos en el antiguo fundo Vichiculén.

La primera mención se la lleva sin lugar a dudas el fútbol, ya que la práctica del deporte rey constituía una de las principales fuentes de distracción y entretención para los habitantes de las localidades rurales. Don Renato nos cuenta que en esos años no se hacían campeonatos oficiales y no había una liga, ni una asociación establecida que funcionara con regularidad, sino que se realizaban sólo encuentros amistosos. Para ello se invitaban equipos de las ciudades más cercanas. De este modo el combinado de Vichiculén podía medirse con equipos de Santiago, Calera, Quillota, Viña del Mar o Valparaíso. En invierno era más complicado realizar estos partidos, por la abundancia de lluvias, por lo que se jugaba solo con equipos de Llay-Llay: Ferroviarios, Olímpico, Comercio o Alcides Vargas son recordados como algunos de los rivales de la época. Como se ve, sólo equipos del centro de la ciudad, ya que, por aquellos años no se "le encontraba mucha gracia" a jugar con otros equipos de la zona rural, porque "éramos todos vecinos", nos señala don Renato. La rivalidad que habría de surgir después entre los equipos de la Asociación Rural, era impensada en dicha época.

En ese entonces jugaban sólo 3 series: 1ª, 2ª y 3ª, no existiendo ni los tercios, ni las juveniles, ni mucho menos las infantiles. Los árbitros muchas veces se auto designaban como tales y lo usual era que usaran terno, sombrero y corbata y, pese a lo inusual de su atuendo, lograban cumplir con su cometido. Lo amistoso del encuentro facilitaba además su labor.

Pero no todo era fútbol, ya que durante el verano a los equipos que venían de otras ciudades se les hacía un contundente *recibimiento*, que incluía el almuerzo y la comida, mientras que entre los clubes de Llay-Llay se estilaba el tradicional sándwich hecho con pan amasado, jamón de pierna y un buen ají rojo. Una broma corriente era hacer un sándwich únicamente con ají. Don Renato recuerda riendo que a él le encantaba encargarse de la preparación de este particular sándwich.

Por otra parte, los partidos no eran sólo una fuente de entretención para los jugadores, ya que lo usual era que la mayoría de los habitantes del fundo asistieran a los encuentros deportivos. La cancha operaba como un espacio de reunión comunitario, por lo que éstas se repletaban de gente en tenida dominguera, presta a disfrutar de un momento agradable. Nada de insultos al rival o al árbitro, ni mucho menos peleas entre barras.

Para aprovechar la afluencia de público, cada cancha tenía su propia ramada, en la que se ponía música desde temprano y se vendía vino y sobre todo cerveza. Pero el





disfrute no terminaba con el pitazo final, dado que por las noches la ramada se transformaba en pista de baile disponible para todo el que quisiera disfrutar de la fiesta, la que solía durar hasta el amanecer.

Para ocasiones especiales como el 21 de mayo, el 18 de septiembre o el año nuevo, se hacían fiestas memorables, que le permitían al club reunir fondos para solventar sus gastos de camisetas, pasajes y otros implementos deportivos. En esas ocasiones la música era proporcionada por una orquesta formada por vecinos del propio Vichiculén que poseían talento para la música. Uno de ellos, incluso hizo su propia batería con cueros de vaca. El único problema de esta orquesta era que a veces el cantante principal se pasaba de copas y ya no podía seguir cumpliendo con su fundamental labor.

Otra instancia de recreación que recuerda Don Renato era la realizada a propósito de la elaboración de chicha artesanal en las casas de los habitantes del fundo. Ello era posible, porque en la mayoría de los grandes patios de las viviendas, había parrones que producían abundante uva, por lo que los vecinos se reunían y colectivamente cosechaban y pisaban la uva para producir el tradicional brebaje. Eso se hacía alternadamente en las distintas casas y en dicha ocasión el anfitrión faenaba un chancho que se rifaba por partes. Obviamente al trabajo le sucedía la fiesta que podía durar toda la noche.

Poco a poco, estas festividades comenzaron a ser abandonadas o se modificaron de tal forma que ya no son reconocibles para los que las vivieron. El fundo se dividió en 2 y luego la reforma agraria, implicó traslados de familias enteras, hasta las actuales poblaciones El Roble y Vichiculén que tomaron sus nombres de los fundos de origen, pero que se emplazan en lugares distintos al original. La empre-

sa Montolín adquirió los terrenos del fundo Vichiculén y reubicó a las pocas familias que aún quedaban en su interior. Ya no queda nada de las viejas casas de los inquilinos del fundo. En las nuevas poblaciones ya no se produce chicha. Donde estaba la cancha de fútbol, ahora hay plantadas enormes extensiones de parrones o durazneros. Los clubes ya no son los mismos y muchos de los jugadores ni siquiera pertenecen al sector que representan. Casi nada queda tampoco de los partidos amistosos de antaño y entre los nuevos equipos formados al alero de las nuevas poblaciones se ha gestado una rivalidad a veces insalvable.

Casi todo lo que nos relata don Renato se ha ido, tal vez para siempre, pero es tal el afecto y nostalgia que trasuntan sus palabras que podemos concluir que dicha época es valorada como un buen momento de su vida y probablemente estas historias representan a mucha gente que mantiene vivos recuerdos similares de cuando supo encontrar la alegría a pesar del trabajo duro, los malos tratos y las penurias cotidianas, es decir, de cuando intentó ser feliz pese a la rudeza de la vida en el campo.

Domando las aguas Escrito por Pía Argagnon Ocampo

Después de recorrer gran parte de las comunidades cordilleranas y del valle del Aconcagua, las aguas del río que lleva su nombre hacen ingreso por una angostura, obligándolas a cambiar ligeramente su rumbo con dirección a la ciudad de La Calera para, desde ahí, continuar su viaje hacia al mar.

En este punto, un siglo atrás, se dejaba ver la fuerza acumulada por el caudal y la vida que era capaz de sostener. Asimismo, desde las alturas del imponente Cerro El Caqui y acompañado de la frondosidad de La Campana, asomaba los trazos de la ribera, cuya sinuosa forma solo podría ser obra de la naturaleza.

Era tanta agua, tanta humedad y tanta vida, que las comunidades que se asentaron en ambas orillas del río, cosecharon de sus vegas toneladas de cebollas, ajos, melones y otros sabrosos frutos. Estas tierras, pertenecientes a la familia Morandé Echeverría, destacaban por su abundante v oscuro verdor.

La vida en este apacible lugar seguía normalmente su cauce hasta que, a comienzos de la década de los cincuenta, durante el gobierno de Gabriel González Videla, se anunció que en Las Vegas se establecería una de las obras de ingeniería hidráulica más importante de Sudamérica; emblema del futuro de la nación. Un acueducto que estaba pensado para abastecer del vital elemento a la población de Valparaíso, Viña del Mar, Quilpué, Villa Alemana y otros pueblos aledaños.

Entre La Puntilla de Romeral en Hijuelas y Las Vegas en Llay-Llay, se construiría la Planta de Agua Potable, la cual contaría con una galería subterránea para canalizar miles de litros provenientes del río y de las napas circundantes, las cuales pasarían por un proceso de purificación antes de llegar por cañería a los hogares porteños. Quienes diseñaron esta monumental obra, Isaac Faiguenbaum y Rubén León, aprovecharon la inclinación natural de la cuenca para captar el cauce, sin que fuera necesario el uso de bombas para que las aguas apuraran su tranco hacia el puerto principal.

La noticia de que ahí se levantaría un larguísimo túnel subterráneo en el borde del gran Aconcagua, se esparció por todos los rincones y, en un abrir y cerrar de ojos, sus templados campos se atiborraron de gente, como si de la fiebre del oro se tratase.

Como pasó en la época dorada de las oficinas salitreras del norte y de los yacimientos carboníferos del sur, a esta faena llegó una multitud de trabajadores junto a sus familias. Sobre esto, Judith Delgado, cuya familia llegó desde Petorca en esos años, recuerda: "Aquí trabajaba mucha, mucha gente. Estaba la fábrica de dovelas, la maestranza, la pulpería, estaban las casas del campamento... Teníamos un teatro, casino, carnicería, bencinera, retén, policlínico, escuela, de todo. Incluso, teníamos hasta una cooperativa en Quillota. Entonces, de ahí todos los meses la gente iba a sacar sus cosas y se les descontaba a final de mes".

Primeramente, la obra se abocó a la construcción de once pozos a lo largo de la ribera, perforaciones de unos 40 metros de profundidad y una separación de 200 metros. Dentro de cada *cámara* se instaló un sistema de rieles, poleas y carros mecánicos, donde depositaban el material de la excavación.

En tres turnos, los trabajadores ingresaban día y noche al pique en unos rondines que existían, una especie de ascensor de lata donde, enjaulados como pirihüines en un chinguillo, descendían al ojo de mar que se dice existe debajo de Llay-Llay. Día y noche ingresaban a esta mina de agua centenares de hombres vestidos de goma con la firme intención de ahuecar el suelo sobre el que antes nadaban. Para ello, los ingenieros de la época diseñaron unas piezas de hormigón armado conocidas como zapatas y que ensamblaban perfectamente, creando una medialuna que se elevaba del suelo lo suficiente para sostener el peso de la estructura y permitir que los obreros siguieran excavando de pie dentro de la galería. Sobre todos ellos, se escuchaba la voz de mando de Carlos Román, Tomás Silva, Carlos Lazo y del gringo Demetrio "Futiú", originario de la lejana Europa, quien tenía bajo su supervisión las plantas de agua potable desde Arica hasta Yerbas Buenas.

Desde la Dirección de Obras Sanitarias del Estado organizaron este contingente como una colmena: los empleados fueron ubicados en las casas más bellas y espaciosas que estaban en las cercanías de la hidráulica, mientras que los obreros fueron repartidos en tres campamentos. Aun así, Judith reconoce que, siendo su padre un simple trabajador, ser parte de esta obra fue una bendición: "Nosotros nos criamos como reyes, porque nos tenían regias casas, agua, luz, todo gratis", regalías que parecían verdaderos privilegios frente a las condiciones en las que vivían las familias de peones pertenecientes a los fundos El Retiro y Los Pinos.

En esos años, en las cercanías de los campamentos, las necesidades que tenía la gente no alcanzaban a cubrirse, y es por ese motivo que muchas personas se trasladaban a diario al centro de Llay-Llay, pues ahí se encontraba el liceo y los almacenes mejor surtidos de la zona. Asimismo, un número importante de mujeres embarazadas dieron a luz en el Hospital San Francisco, por lo que las hijas e hijos del acueducto nacieron en la *ciudad del viento*.

En un comienzo levantaron un puente de cimbra y luego se hizo un terraplén. Tras ello, la empresa puso un recorrido de micro que cruzaba el Aconcagua por un puente que desapareció varias veces por las crecidas del río, y que más adelante debía atravesar un badén, llegando sin sobresaltos solo los conductores que conocían la maniobra como la palma de su mano. Con cierta picardía, Judith relata que durante el tiempo que el chofer aguardaba el horario de regreso, solía "entrarle agua al bote", pero que la micro volvía igual de llena, reafirmando que "quien no se arriesga, no cruza el río".

Una vez que se concluyó la primera etapa, la obra estuvo detenida por varios años. Como cuenta Judith: "La construcción se fue terminando y se eliminó el campamento que había cerca del túnel y en Ocoa, y después quedó lo que estaba en Romeral no más. De ahí la gente se fue". A partir de ahí, no quedaron en la planta más que los jefes y otros escasos cargos. Arnoldo Benavides, vecino de toda la vida de los Delgado, recuerda: "Se fue despidiendo a toda la gente que había en ese tiempo y quedaron solo los trabajadores esenciales, para la pura mantención, para cuidar ahí. Por ejemplo, mi papá pasó a ser portero, telefonista y auxiliar, porque también tenía que encerar las oficinas".

La profunda sequía que hubo el año 68 obligó a las autoridades a mejorar los sistemas de captación para asegurar el abastecimiento de agua potable de las principales ciudades, de este modo, liberaron los recursos que faltaban para unir los pozos cimentados en la cuenca del río Aconcagua, y así llenar unas enormes piscinas decantadoras. Para echar a andar nuevamente la máquina, la empresa priorizó la contratación de las personas que vivían en las inmediaciones de la hidráulica y de los hijos de los funcionarios de planta.





En este periodo, los topógrafos se lucieron desde la superficie, haciendo cálculos y proyectando las curvas e inclinaciones para que el túnel se encontrara exactamente con la boca del pique más cercano. Como resguardo, dejaban los últimos diez metros sin hacer, así podrían corregir cualquier diferencia que surgiera en el camino. A su lado, los campesinos, que habían devenido en obreros de la construcción, los miraban con asombro, maravillándose de cómo era posible enfrentar la voracidad de las aguas y la oscuridad de las profundidades solamente con lápices, papeles y algunas pequeñas herramientas.

La obra se culminó a fines de la década del sesenta, quedando únicamente un pozo sin unir a la matriz. Estando el acueducto en pleno funcionamiento vino el golpe de Estado y, detrás de esta, la privatización de la Hidráulica, pasando a manos de ESVAL, por lo que los trabajadores de la planta y sus familias perdieron la condición de empleados públicos que tanto los había favorecido. Con el tiempo, el río fue perdiendo su fuerza, convirtiéndose las vegas y juncales en un enorme desierto. Hasta los sauces que había mandado a plantar el gringo en las inmediaciones de la planta fueron arrancados, quedando la ribera seca y sin vida.

Con todo, las familias que aún viven en la ribera del Aconcagua sienten que la Hidráulica trajo modernidad en medio del abandono al que estaban acostumbrados. En su corazón siguen atesorando las vivencias de los años de mayor apogeo de la represa, sintiéndose privilegiados por haber conocido de tan cerca esta hazaña, la cual fluyó rápido como las aguas el río.

Torciendo el rumbo

Escrito por Carlos Miranda Rozas

Don Octavio Zamora nació en una casa ubicada en las cercanías de la estación de ferrocarriles de Llay-Llay, la que, como tantas otras por aquellos años, se emplazaba en los terrenos pertenecientes al fundo de propiedad de la familia Errázuriz. Su padre, al ser uno de los capataces de dicho predio podía hacer usufructo de la casa, pero un día el patrón dispuso que debía trasladarse al sector de El Roble, ubicado en las profundidades mismas del fundo a la sombra del gran cerro del mismo nombre. De este modo don Octavio pasó de vivir a pocos pasos del centro de la ciudad a vivir a más de 4 km del mismo. Quizás fue esta la primera vez que don Octavio vio que el rumbo de su vida cambiaba de dirección sin habérselo propuesto.

El sector al que llegó don Octavio, con sólo 10 años de edad, no era más que un minúsculo caserío en el que había con suerte 7 casas que albergaban a otras familias de inquilinos. Pero la casa de don Octavio se diferenciaba notoriamente de las otras que le circundaban, dado que su padre era capataz y, por lo tanto, este nuevo hogar contaba con algunas comodidades impensables para el resto de los campesinos, como lo era poseer piso de madera, cuatro habitaciones, un comedor y luz eléctrica. El resto debía conformarse con un par de piezas, una cocina y piso de tierra.

Pese a esto, la vida cotidiana de don Octavio cambió de forma importante, graficándose dicha transformación de manera prístina en la travesía que implicaba concurrir todos los días a la centenaria Escuela 11 (hoy Agustín Edwards) en tiempos en que cualquier tipo de locomoción era prácticamente inexistente, de modo que la única opción era trasladarse a caballo en un recorrido que tomaba más de 1 hora, por lo que había que emprender rumbo al

colegio antes de las 7 de la mañana. El problema era aún mayor cuando llovía y como dice el propio don Octavio: "Antes llovía po oiga. Semanas enteras sin parar. El agua por la calle parecían río".

Paradójicamente, tal sacrificio constituía un verdadero privilegio, ya que la mayoría de los niños y niñas de su edad no podían concurrir al colegio, pero antes de cumplir los 14 años, don Octavio optó por no seguir estudiando y comenzar a trabajar.

Tal decisión se vio estimulada porque un par de años antes un suceso trágico había enlutado a la familia de don Octavio. Su padre había muerto electrocutado por un cable de alta tensión que se desprendió del tendido eléctrico que cruzaba los potreros, arrastrado por la caída de unos álamos que sucumbieron a la fuerza del viento durante un temporal. La lejanía y las inclemencias del tiempo marcaban las vidas de los habitantes rurales de mediados de la década de los 60.

Inicialmente don Octavio trabajaba como jornalero, es decir, a cambio de una salario, pero a la edad de 17 años, comenzó a trabajar como *mediero*, es decir, cultivando una porción de tierra entregada por el patrón para tal efecto y dividiéndose entre ambos la ganancia obtenida con la venta de lo producido. A cada uno le correspondía la mitad de lo obtenido, de ahí el nombre de tal relación laboral. Sin embargo don Octavio no se mantuvo como *mediero* por mucho tiempo, porque la reforma agraria cambió las relaciones de producción del agro chileno y pasó a ser un trabajador más del Asentamiento El Roble.

En el intertanto Don Octavio se casó y comenzó a formar su propia familia, aunque siguió viviendo en la misma casa, pero nuevamente las fuerzas de la naturaleza se manifestaron para torcer el rumbo de su vida. El terremoto de 1971 destruyó su casa familiar y la dejó inhabitable, la misma suerte corrieron sus vecinos. Ante dicha situación las autoridades gubernamentales ofrecieron la entrega de casas de madera para los damnificados, pero los vecinos del sector aprovecharon la ocasión para solicitar que el emplazamiento del caserío se trasladara un par de kilómetros hacia el norte, puesto que el sitio original no contaba con suministro de agua, ni habían canales cercanos, por lo que debían recurrir a las vertientes de los cerros circundantes, pero éste no constituía un suministro permanente, ya que en los veranos el caudal era mínimo y era complicado el abastecimiento.

Las autoridades aceptaron la solicitud y las nuevas casas fueron construidas en su actual emplazamiento. A esas alturas eran 24 familias, las que podrían ser consideradas las fundadoras del poblado de El Roble.

No sólo la naturaleza iba trazando los destinos de las familias roblinas, los eventos políticos también lo hacían. La dictadura, imbuida de ideas individualistas, terminó con el espíritu colectivista que animaba la reforma agraria y a partir de 1975 comenzó la división y asignación individual de parcelas de tierra de 6 hectáreas, con lo que don Octavio ahora pasó a ser parcelero. En el lapso de menos de 10 años, Don Octavio transitó por 4 sistemas de trabajo distinto: jornalero, *mediero*, miembro de una cooperativa y por último pequeño propietario agrícola. La vida de don Octavio ilustra de forma cabal los convulsionados años 60 y 70.

Pero Don Octavio nuevamente puede contarse entre los afortunados, porque fueron muchas las familias que no obtuvieron parcelas, por lo que debieron enfrentarse a la situación de ser separados de sus medios de vida. Muchos





tendrían que emigrar, varios debieron alternar el trabajo agrícola temporal con otras labores y algunos definitivamente tuvieron que cambiar de rubro. Esto comenzó poco a poco a modificarla fisonomía del sector, porque ya no todos en El Roble podrían vivir del trabajo agrícola.

Pese a los cambios señalados, la vida cotidiana de don Octavio podía no mostrar grandes alteraciones, porque la vida en el campo seguía atada a ritmos de cambio muy lento y las cosas seguían haciéndose generación tras generación casi de la misma manera. Había que sembrar, regar y cosechar diversos productos agrícolas que se destinaban principalmente al autoconsumo. Asimismo había que alimentar y cuidar al ganado. Pese a todos las transformaciones, Don Octavio seguía siendo campesino y el fuerte de sus ingresos provenía ahora de la producción y venta de leche y quesos de vaca. Durante más de 20 años don Octavio se dedicó a recorrer, en su carretela primero y en camioneta después, las calles de la ciudad para vender sus productos, aunque también obtenía ingresos de la venta de pasto que él mismo sembraba y segaba junto a su esposa.

El campo le otorgó el sustento a él y a su familia compuesta por su esposa, 4 hijas y 2 hijos, pero no resultó ser lo suficientemente atractivo para su descendencia, quienes prefirieron dedicarse a otros rubros y sólo uno de ellos siguió trabajando con sus padres, hasta que la falta de lluvias secó los canales y los trastornos provocados por el estallido social y la pandemia, obligaron a don Octavio a vender los animales, porque no había agua para regar el pasto y porque el queso se echó a perder esperando clientes que no llegaban al no poder transitar por carreteras bloqueadas por manifestantes o porque la autoridad había restringido la movilidad durante meses a causa de la pandemia.

Don Octavio confiesa que "llegaba a llorar", pero no tuvo más remedio que conformarse con vivir sólo de su jubilación: "Yo nunca pensé que iba a vivir de una pensión que da la AFP", nos señala con pesar y sus palabras ilustran de manera inequívoca que tras más de 50 años, don Octavio había dejado de ser un campesino. Nuevamente la naturaleza y la política cambiaban el curso de su vida.

Pero esto no debe interpretarse sólo como una tragedia de tintes sombríos, ya que la vida en El Roble, pese a todo ha ido mejorando según el parecer de don Octavio, ya que se han pavimentado las calles, se ha podido acceder a la corriente eléctrica y el agua potable y se ha mejorado la conectividad del sector, tanto por la mayor presencia de vehículos particulares como por la mayor frecuencia y regularidad de la locomoción pública. Atrás quedaron los años en que los viajes al centro de Llay-Llay tardaban horas caminando y un poco menos en carretela y en que los caminos se hacían casi intransitables por el barro provocado por las fuertes lluvias.

Otra transformación significativa se ha producido en relación con la densidad poblacional del sector, porque los terrenos originales de 5.000 metros cuadrados asignados a cada familia se han ido loteando, no sólo entre los hijos de los propietarios originales, sino que también se le han vendido a personas que provienen de otros sectores e incluso de otras ciudades, de tal modo que en la actualidad hay más de 60 familias, superando largamente las 24 familias originales. Estos nuevos habitantes se dedican a rubros distintos al agrícola, tanto los que provienen de afuera como muchos de los descendientes de las familias fundadoras.

Todo esto ha hecho que El Roble sea un buen ejemplo de los cambios ocurridos en el mundo rural en las últimas décadas, ya que vivir en el campo ya no es sinónimo de aislamiento, de falta de servicios y el habitante rural no es necesariamente un campesino.

Para Don Octavio, la mayoría de estos cambios han sido para mejor, sobre todo en lo que se refiere a la conectividad, porque El Roble ya no es la comunidad aislada que fue por muchos años y eso constituye para don Octavio un gran adelanto y si le dan a elegir, prefiere la forma de vivir en la actualidad, con lo que realiza un balance positivo de una vida marcada por la necesidad de adaptarse permanentemente a fenómenos que no se controlan, porque escapan de las manos de personas que no se encuentra en el lugar donde se toman las decisiones que determinan los rumbos del país, ni poseen la capacidad para anticipar las veleidades de la naturaleza. En este sentido don Octavio ejemplifica bien el sacrificio y esfuerzo característico de los habitantes del mundo rural que, pese a lo rutinario de algunas de sus formas de vida, deben permanecer en una adaptación continua, aunque ello implique cambiar de rumbo una y otra vez.

A la orilla del cerro

Escrito por Pía Argagnon Ocampo

La familia Jamet, que eran campesinos de Catemu, se trasladaron a Las Palmas con la expectativa de que su descendencia pudiera estudiar, pues este era el único fundo que contaba con un colegio en los alrededores. "En Catemu no había escuela, tampoco en Santa Rosa. Acá venían niños de Vichiculén a caballo y otros a pie", cuenta Lidia, una de las hijas de los Jamet. Dicho establecimiento estaba dirigido por una joven maestra llamada Herminia Ortega de Croxatto, quien más tarde hizo clases en la Escuela N.º 12 de Niñas de Llay-Llay y que hoy recibe su nombre.

En la década del cuarenta era común que los pequeños pasaran poco tiempo en la escuela, ya sea por orden de los patrones o por las necesidades que tenía que enfrentar su familia; los estudiantes, simplemente, dejaban de asistir. Para suerte de Lidia, su madre había aprendido de la mano de una señora de alta alcurnia a leer, escribir e, incluso, a sacar rápidamente cuentas, por lo que anhelaba que sus retoños contaran también con estas herramientas. Sobre esto, Lidia menciona: "Casi todos llegaban hasta tercero de preparatoria, pero yo llegué hasta cuarto porque la señora Herminia habló con los patrones para tener otro curso más, para que siguiéramos aprendiendo. Llegar a cuarto era como ya saber mucho, ya que en Llay-Llay tampoco había para estudiar Humanidades. Mucho después se hizo el Liceo". Los hijos de campesinos que quisieran continuar estudios tenían que irse a Quillota o San Felipe, suerte que recién tuvieron los que nacieron entrada la década del sesenta.

La importancia que sus padres les dieron a estas habilidades era tan poco común como su origen. Su apellido, a pesar de no tenerlo claro, coincide con el de otros inmigrantes palestinos que se establecieron en el valle del

Aconcagua. "Yo nunca he sabido de dónde viene mi apellido, pero varias veces me han preguntado si soy paisana. Podría ser porque recuerdo que en Antofagasta unos tíos tenían una industria de tejidos y todos ellos tenían cara de árabe, eran bien parecidos a los actores de las novelas turcas", afirmó.

En mitad del siglo pasado, y ya habiendo salido del colegio, Lidia recuerda que en la época era difícil tener mucha ropa: "No como ahora, que uno se aburre de mirar tantas cosas en las tiendas. En esos años no, recuerdo que una vez a mi mamá le regalaron unas telas y con ellas me hizo un vestido que yo lo encontraba tan lindo. Uno tenía que aguantarse todo el año y cuidar mucho la ropa que estaba más o menos buena. A mí me tocó lavar pañales y ahora nadie hace eso. La ropa que usaba los niños era la que una misma a veces les hacía". Pero, no por eso, se vestían con cualquier cosa. Una vez su tía, que vivía en Santiago, les trajo de regalo unos pantalones, prenda que solo usaban los varones: "Me dijo: para cuando salgan de a caballo, chiquillas", pero a ella y sus hermanas les resultó muy extraño usarlos cuando todas las mujeres vestían falda, así que casi nunca se los ponían.

La preocupación de esta joven con las telas y los tejidos se extendió por varios años más, puesto que para juntar unos pesos extras lavaba ropa ajena, especialmente por encargo de los patrones. Para realizar esta labor debía enjabonar las prendas, escobillarlas y luego estrujarlas en la artesa, para después tenderlas en unos cordeles al sol. En medio del patio de su casa, se sentaba a observar los sutiles detalles de la ropa mientras se secaban con el viento.

Su casa, que estaba frente al tranque de Las Palmas, quedaba a pocos metros de una represa que había por la orilla del cerro. Esa infraestructura se emparentaba con las turbinas que estaban en el otro extremo del fundo, siguiendo por el camino de Las Palmas, que en su conjunto servían para proveer de electricidad a todo el sector. Así, mientras en el resto de Llay-Llay y Catemu la gente se alumbraba solo con velitas, las casas de los palminos contaron tempranamente con este servicio. Si bien en aquellos años no se usaba electrodoméstico alguno ni tampoco existía el alumbrado público, Lidia hace hincapié en que tener luz les permitió aprovechar mejor las tardes y sentir que era menos tenebrosa la oscuridad.

En ese tiempo, el camino de Las Palmas era un callejón de tierra y la carretera era un camino apenas asfaltado, pero aquello no era impedimento para que la juventud fuera de paseo al pueblo de Llay-Llay. Cuando llegaban visitas a la estación de trenes o querían ver una película en el cine, se organizaban para salir caminando unas dos horas antes del evento. Al regreso, se venían bordeando la línea, por donde está la población Juan Cortés. "Claro en esas partes había puras parcelas de ajo y cebolla", aclara Lidia.

Para entretenerse, también, solían internarse entre los cerros hasta llegar a unas rocas planas, donde pasaban toda la tarde conversando. Al caer la noche, la conversación brotaba junto al fogón de la cocina, donde iban calentando el agua para el mate y cociendo el "pancito" amasado o las tortillas. Tanto en las casas como al aire libre, las personas se congregaban alrededor del fuego para compartir los saberes más antiguos y crear historias que atraparan a la audiencia.

Entre conversa y conversa, escuchó Lidia a su propia madre contar que tuvo que hacerse cargo de uno de sus hermanos menores porque su mamá murió en el parto. A principios del siglo XX no existían los hospitales y no siempre había parteras cerca, de modo que las mujeres daban a luz en sus casas, siendo tristemente habitual el fallecimiento de las parturientas y los recién nacidos. Entonces, con el





apoyo de su abuela, tuvo que criar la guagua y "andar de arriba para abajo" llevándola donde otras mujeres que estaban dando pecho. Cuenta que el mayor problema era por la noche, porque en la madrugada no había cómo calmar el llanto, ya que la única forma que tenían para calentar la leche era con una vela.

En alguna de esas instancias le prestó atención a José Díaz Ramírez, quien más tarde se convertiría en su compañero de vida. Tardaron en reconocerse, pues, aunque ambos llegaron siendo niños al sector, él literalmente estaba con las cabras en el cerro. Recién bajó de lo alto cuando le tocó el servicio militar y, a su regreso, empezó a ir a fiestas en el pueblo. Para entonces, Lidia tenía veinticinco años y sus más cercanos empezaron a rumorear que si no se apuraba se le iba a ir el tren. "Tendría que haberme casado más tarde, cerca de los treinta", les dice ahora a sus nietas, para transmitirles que ellas pueden enamorarse y emparejarse cuando quieran.

José vivía junto a su familia en una casa que estaba bien adentro de la quebrada, donde se encontraban las cabrerías del fundo, lugar de trabajo de sus hermanos mayores y su padre, don Roberto Díaz. Esas construcciones, que en palabras de Lidia eran "bien buenas, bien bonitas", las echaron todas abajo cuando los parceleros vendieron el cerro y los nuevos dueños pusieron plantaciones de paltos en las laderas. En ese momento, se acabaron también los paseos a El Limonal y desaparecieron los palmares que eran propios de este sector.

Antes de venirse a Las Palmas, los Díaz venían del norte, entre los Vilos y el valle del Quilimarí, lugar desde donde viajaron a pie arreando los animales que tenían. Esta travesía duró una semana, considerando los días de camino y los de descanso. Lamentablemente, al llegar, los cabritos

que traían murieron por el cambio abrupto del clima, pues allá la vaguada costera ayudaba a mantener el verdor todo el año, y acá se encontraron con un clima más seco.

Cuando se casaron se instalaron en otra casa que también bordeaba el cerro. Ahí vivieron varios años hasta que recibieron la mediagua que entregó el gobierno de Allende a los damnificados del terremoto de 1971. Esta casa, en la que todavía vive Lidia con sus hijos, es la misma que se repite en muchos de los sitios de Las Palmas, siendo el hogar de los hijos y nietos que nacieron durante la Unidad Popular y los años venideros.

Según relata, ella hubiera querido quedarse en la "pata del cerro", pues los espacios en la casa de adobe eran amplios mientras la nueva era más chica y tenían que apretarse para entrar todos. Pero: "Fue mi marido y se inscribió en estas casas. Yo no quería y mi mamá tampoco. Más lo que nos costó acostumbrarnos", argumentando que en ellas el calor y el frío no se sentían con tanta intensidad, pues allá era más "abrigado" y no tan húmedo como en el resto de Las Palmas.

Del tiempo de la reforma agraria cuenta: "Hubo cosas buenas y otras no tan buenas, porque los hombres dejaron de tener un sueldo. No teníamos plata para nada y estaban los niños chicos. Ahí cambió todo". La parte más difícil, relata, fue adaptarse a la nueva dinámica de trabajo; pasar de tener un patrón a organizarse en la Cooperativa de Las Palmas. Tras ello, cada familia empezó a cultivar nuevamente, pero esta vez en sus propias parcelas, zapallos, sandías, melones, maíz, porotos y, las infaltables, cebollas y ajos; retomando el ritmo que les marcaba la tierra.

De las decisiones que se tomaron en esos años, Lidia tiene ideas más bien vagas, porque en todas estas reuniones participaba solo su esposo. Además, ella nunca trabajó en las faenas agrícolas, estando siempre abocada al trabajo de mantener su casa y atender a su familia. Lo que sí recuerda es que, en el momento del traspaso de las parcelas, los dueños del fundo liquidaron todo, poniendo muchas cosas a remate. Toda la maquinaria la compró "gente de plata", quedando poco y nada en las tierras donde antes se utilizaban. A esto se sumaba el hecho que, durante la dictadura, muchos parceleros se vieron forzados a vender sus campos, quedando todas estas parcelas reunidas, nuevamente, en las manos de una sola familia.

Hoy, Lidia continúa viviendo en el sitio que recibieron en beneficio de la reforma agraria. Su casa es la misma que les entregaron tras el terremoto que tuvo epicentro en La Ligua, entre los pueblos de los que provenían ella y su marido, que descansa en paz.

Sonidos y aventuras Escrito por Pía Argagnon Ocampo

Como las familias de campo eran numerosas, los sitios que recibieron en la reforma agraria fueron usados no solo para instalar la casa de los padres, sino también para albergar a las familias de sus hijos y luego a la de sus nietos; quienes fueron haciendo sus viviendas una al lado de la otra. Así, con el paso de los años, en torno al parrón, surgió una banda de primos que se concibió como una pandilla, en la que los más grandes cuidaban a los más chicos y donde las travesuras encontraban terreno fértil.

Nacido y criado en El Roble, José Francisco Herrera López recuerda que estuvo siempre rodeado por una familia extensa, compuesta por abuelas y abuelos, madres y padres, tías, hermanos, hijas, cuñados, pololas y amigos, comadres, pero, principalmente, por primos. "Estaban los que vivían al lado, los de un poco más allá y los de más lejos", pues, como su mamá provenía de Las Peñas, cada tanto acudían de visita donde el resto de la parentela.

Fuera de esto, las y los niños de su generación se encontraban en el colegio del sector: la Escuela Básica El Porvenir. Ahí los cursos eran chicos y la mayoría se conocía previamente, de hecho, cuando pasaban asistencia se repetían los mismos apellidos: Herrera López, Herrera González, González López, López Pérez, González Saavedra, López Zamora, Zamora Arévalo, siendo común que quedaran, en un mismo curso, grupos de parientes y vecinos cercanos, sucediendo en cada sala de clases un encuentro de clanes.

En el patio del colegio se notaba esa familiaridad. Haciendo memoria, José cuenta: "Ahí uno descubría que el abuelo era hermano del abuelo de algún compañero, y aparecían más primos. Estábamos todos interconectados, porque en El Roble eran doce familias inicialmente. Entonces, eran doce familias las fundacionales y lo mismo pasa en El Porvenir y Santa Rosa, pues, en ese tiempo, eran pocos los asentamientos". Al final, eran todos uno, como parte de un mismo paisaje y de una gran familia devenida en comunidad.

Por las tardes y los fines de semana, estos cabros se reunían para salir a pelusear en algún tranque, salir a caminar por los senderos que bordean los cerros cercanos o, en verano, bañarse en alguna acequia y capear el calor en la sombra de un sauce.

Las casas y parcelas no tenían rejas y los pocos cercos instalados, con el objetivo de que los animales no se perdieran, eran un aliciente para cruzarlos e ir más allá. Muchos de esos caminos eran la ruta que empleaba la gente para ir hasta sus trabajos o de visita a otras casas, o, para ir el domingo a la cancha, lo que hacía que pasar por varios sitios ajenos, pidiendo permiso, se viera como una forma normal de moverse de un lugar a otro. "Me costó entender lo que era propiedad privada", recuerda José.

Año tras año, a pie o en bicicleta, la pandilla de primos fue descubriendo las huellas de este vasto territorio, explorándolas a todo potrero. Sus caminatas los llevaron desde Caleu hasta El Limonal, paseos que les hicieron sentir que conocían el significado más profundo de libertad. En contraste, cada vez que vuelven a estos lugares se encuentran con portones, guardias, candados y carteles que dicen: "NO PASAR, RECINTO PRIVADO".

Y es que pocos años atrás este paisaje solo encontraba límite en las ondas de los cerros y el verdor contrastaba con los colores del arrebol. Esta amplitud era el telón de fondo de un concierto compuesto por los silbidos de los pájaros: cuculíes, tordos, loicas, chincoles, turcas y queltehues, solo interrumpidos por las ráfagas de viento. Al caer la noche, no había espacio para el silencio; era el turno de los grillos y otros animales serranos, quienes los acompañaban en el retorno a casa.

En ese tiempo les tocó dejar esa gran burbuja para enfrentarse, por primera vez, a la ciudad, a la vez que dejaban atrás la infancia para convertirse, lentamente, en hombres y mujeres hechos y derechos. La primera parada de este viaje fue en el Liceo de Llay-Llay. Luego siguieron su camino hacia ciudades más grandes, principalmente, a Santiago y Valparaíso, hasta donde llegaron a estudiar y trabajar. Fue en esa gran mole de cemento que terminaron de forjar su carácter.

Durante ese largo e intermitente periodo que pasaron lejos de su tierra, la vida los obligó a acostumbrarse al nuevo paisaje que les tocaba habitar. Ahí ocuparon su ingenio para moverse rápido, cuál liebre en el cerro, mordiéndose la lengua para que no se les escapara una frase que los delatara como "huasos acampaos".

En este escenario, quedaron encantados con las fiestas de música electrónica y las tocatas de hip-hop, siendo curiosos espectadores de las batallas de gallos que se desarrollaban micrófono en mano. Con el tiempo más de alguno probó suerte pinchando discos o creando pasos de estilo libre, aunque, como reconoce José, resultaba todo un desafío bailar con más ritmo que en las cuecas de la escuela, pero manteniendo el entusiasmo con el que arremeten los corridos y la cumbia en la medialuna.

Su andar por la ciudad los hizo parte de otra aventura inesperada: ser jóvenes en el momento en que la sociedad capitalina fue aceptando que cada quien podía vivir a su propio modo, sin tener que, forzosamente, ser tan macho





ni tan dama como antaño se pensaba. Con esto en mente, empezaron a sentir cierta incomodidad cada vez que las festividades, las vacaciones o las vicisitudes de la vida, los traían mochila al hombro de regreso al campo. Se sentían fuera de lugar, mirados como un yuyo que sale en medio de la chacra, trayendo un entusiasmo difícil de soportar entre quienes llevan una vida de tanto sacrificio. En cada retorno, parecía que el gran escenario que los vio crecer les ofrecía pocos espacios para expresarse y sentirse libres como antaño, quedando la sensación que, a pesar de tal inmensidad, no había lugar para que pudieran mezclar todo lo que había definido sus primeros años con aquello que les había entregado la gran ciudad.

Fue en la pandemia cuando todo se aquietó y muchos tuvieron que volver a la casa de sus padres, donde se encontraron, nuevamente, reunidos los primos bajo el parrón. Bajo el tenue murmullo de una fogata, estuvieron largas horas compartiendo risas y poniéndose al día de las aventuras que les brindó la urbe, cuando, de pronto, sintieron que algo se remecía con fuerza dentro suyo. Ese remezón, cuyo epicentro se localizó en las profundidades de El Roble, les hizo entender que con las herramientas que ya tenían en mano podían llenar de música y color esos lugares que a la vista de los afuerinos estaban vacíos, y así crear los escenarios que necesitaban para expresar todo aquello que habían acumulado en su constante ir y venir. Así surgió Temblar, un colectivo artístico formado por la banda de primos, al que se sumó la diversa juventud llayllaína, especialmente la del mundo rural; buscando usar la música que llaman urbana como excusa para desahogarse; soltar todas sus emociones y hablar de aquellos temas que marcaban su cotidiano. Crearon un movimiento telúrico que vino a remover la tierra para plantar una nueva semilla y de paso "revolver el gallinero".

Era tiempo de celebrar y rendir tributo al pulsar de la tierra a todo volumen, para mostrarse de la forma más desenfrenada, salvaje y prístina posible ante la tribu. Habían encontrado una nueva aventura para mantener unida a la pandilla, y una forma de mostrarse tal cual son en esos espacios donde se sintieron realmente libres.



Revisa la galería de recopilación fotográfica y descarga el libro digital.



Proyecto Financiado por el 7% del FNDR 2022



